

## **El Doctor Gasper**

*Seudónimo: "El Bocha"*

Y otro día más en el hospital. Otro día sentado al lado de Martín esperando que despierte. Su carita pálida, ausente, su cuerpo inerte alimentado artificialmente a través de una sonda que sale de su nariz. Y Martín no despierta. La angustia me estremece. Reviso una y otra vez los días previos a la internación, y resuena en mi cabeza la voz del médico que indicó su internación: "¿Por qué no lo trajeron antes?". Dos veces los trajimos a la guardia. Dos veces nos dijeron que era una simple gripe, que solo le teníamos que bajar la temperatura. Ni siquiera logro recordar la cara de esos médicos, mucho menos sus nombres, pero sí la del que lo internó. ¿Tuvo que tener esa horrible convulsión con la que su cerebro se apagó, para que se dieran cuenta?

Lo miro y lo veo tan indefenso que siento un irrefrenable deseo de llorar. Pero no puedo, no debo, tengo que ser fuerte. Mejor me paro y doy unos pasos, el movimiento me ayuda a controlar las emociones. Si estuviera mi doctor, el doctor Gasper, esto no habría ocurrido. Seguro que no, porque él conocía muy bien a sus pacientes. Recuerdo la primera vez que me llevaron a la consulta, estuvimos un rato largo en la sala de espera. Tenía miedo, y el llanto de los bebés no ayudaba ni un poco. Pero luego, al ver que los chicos de mi edad no lloraban y se despedían con un abrazo como si fueran parientes o amigos, me fui tranquilizando. Era calvo, regordete y bastante más bajo que mi padre. Tenía un reconfortante aspecto bonachón. Mi médico anterior, de cuando vivíamos en Morón, era diferente: no hacía bromas y usaba todo el tiempo camisa blanca y corbata. El doctor Gasper se vestía como mi padre, salvo por el guardapolvo blanco que usaba completamente desabrochado y que flameaba como una capa cuando pasaba por la sala con su paso decidido. Pero lo que más me llamaba la atención, era el

parche de tela adhesiva con el que mantenía unidos los anteojos; un arreglo provisorio que llevó por años. También se precipita a mi memoria el patio del consultorio: un lugar silvestre donde el capricho de la naturaleza desplegaba su voluntad. En él se podían dirimir discrepancias terapéuticas mediante tiros penales entre los pacientitos y su doctor. Recordar al doctor Gasper me genera cierto alivio y ahora me percató de una tímida sonrisa que me permito esbozar y que creía haber olvidado en estos días sombríos.

En esa primera consulta yo tenía fiebre y dolor de garganta, entonces él me miró con sobreactuada sorpresa, luego me revolvió el pelo, sacó algo de mi cabeza y se lo metió en la boca. Pensé que debía ser grande porque se le abultaban los cachetes. Revisé con la mano mi cabeza pero no encontré nada más que pelo revuelto. “Ya está” me dijo, mientras me mostraba su boca vacía. No entendía qué había ingerido pero noté que la garganta me dolía menos. Luego me examinó en la camilla, anotó algunas cosas en un papel y se las explicó a mi mamá. Antes de despedirme, me enseñó la moneda mágica que guardaba en el bolsillo del pantalón. Si bien era parecida a las monedas que tenía mamá en la cartera, con las que me compraba caramelos, esta moneda era capaz de girar y saltar de su mano, una y otra vez. Luego me la ofreció diciendo: “Con práctica lograrás que también salte en tu mano”. Debo admitir que nunca funcionó conmigo, pero jamás dudé de su magia, a tal punto que fue lo primero que agarré hoy antes de venir a relevar a mi esposa.

Martín tiene pediatra de cabecera, pero no es lo mismo que mi pediatra. Regularmente sacamos turno con el doctor Alonso, quien nos recibe en su consultorio, pasa gran parte de la consulta leyendo el historial de Martín en la computadora, luego le indica algunas vacunas correspondientes al calendario y nos despacha con un “Saque turno para dentro de 3 meses”, y hasta entonces no tenemos ninguna chance de

consultarle nada. De hecho, no debe estar enterado de que Martín está internado. El doctor Gasper no tenía computadora, pero se acordaba de todo, cabe destacar que me preguntó por la nena por quien había sentido atracción en la sala de cinco, durante más de diez años. “Todavía la seguís viendo a Marielita”, “Doc, Marielita ya debe estar casada” le respondía en mi adolescencia con algo de fastidio. “Contestale bien al doctor Gasper, Alfredo” me increpaba mi madre. El doctor Gasper era en mi casa más importante que el Presidente, que digo el Presidente, era más importante que el mismo Papa. Hasta mi abuela que se metía en todo, sabía que lo único que no podía cuestionar en casa eran las indicaciones del doctor Gasper.

Es cierto que sin el prepago mi hijo hoy no estaría en este hospital con tanta tecnología. Pero antes era diferente, porque a pesar de que mi viejo era solo un operario de SEGBA (empresa estatal de electricidad), y no nos sobraba nada, teníamos nuestro médico. Y él siempre estaba... si uno no podía ir al consultorio, venía a casa. Me acuerdo de las cordiales discusiones con mi viejo al final de las consultas, quien pretendía pagar la consulta, “El lunes los veo en el consultorio”, le decía dándole una palmada mientras se retiraba. Luego mi mamá le recriminaba a mi papá que no hubiera insistido más, “¡Viejo vino un domingo!”, le señalaba mi madre con los brazos en jarra. “Vos sabés como es de testarudo”, respondía mi viejo. Y el lunes íbamos con mamá al consultorio, con algún obsequio, arroz con leche o flan casero, que el doctor Gaspar recibía con una inocultable alegría de niño grande.

Pero ahí estaba mi hijo. No podía creer que quien fuera un terremoto hasta hacía muy poquito, el enemigo número uno de los adornos de la casa, estuviera ahí echado, tan chiquito, tan frágil, y yo sin poder hacer nada. Recordé una vez más al doctor Gasper, y con mi mano le revolví los pelos, pero Martín ni siquiera abrió los ojos. Me quedé acariciándolo un rato largo y acomodándole el pelo de la frente transpirada,

cuando una lágrima empezó a recorrer mi mejilla. Al buscar un pañuelo de papel de mi bolsillo me topé con la moneda mágica. La saqué del bolsillo y le pedí al doctor Gasper que me ayudara una vez más. Me levanté de la silla para hacer girar la moneda en la mano, pero antes de que tomara vuelo, se me escurrió entre los dedos y terminó debajo de la cama. Con dificultad y vergüenza pude alcanzarla, cerciorándome de que nadie me viera. Me alejé un poco para tener un margen de seguridad en caso de que volviera a caerse. Se me cayó un par de veces más, hasta que finalmente la vi elevarse erguida, rodando sobre su eje; mi mano la recibió con una suave pendiente para luego ser empujada por la misma con un delicado movimiento, haciendo que pudiera ser recibida e impulsada un par de veces más ¡no lo podía creer! Finalmente, cayó desbalanceada y terminó dando un recorrido zigzagueante que finalizó en el suelo. No obstante, era la primera vez que funcionaba y no pude contener la emoción. “¡Sí, lo hice!”, grité perdiendo por un segundo la noción de que me encontraba en el hospital con mi hijo internado. Tomé la moneda del piso abochornado y volví a mi lugar, pero antes de sentarme noté que mi hijo estaba con los ojos abiertos llamándome. “Papá”, me dijo. “Martín, querido, ¿Cómo te sentís?”. “¿Ya se fue el doctor?”, “¿Qué doctor, hijo?”, “Ese que me frotó la cabeza”. “Fui yo hijito, pensé que estabas dormido”, “No pa, estaba sentado acá al lado, tenía guardapolvo y usaba anteojos”. Cerré el puño y apreté la moneda fuerte contra mi pecho, mientras le agradecí en silencio a mi pediatra que hubiera venido. Luego acaricié la mejilla de Martín y le dije: “Sí, se fue... pero dijo que pronto nos vamos a casa”.